

Vida y lucha

Nuestro lenguaje, normalmente, está sobrecargado de lugares comunes, frases hechas, tópicos, que usamos sin detenernos a desentrañar el contenido, dando por supuesto que transmiten un cierto mensaje. Pero la verdad es que toda frase hecha, todo tópico, debido al uso y abuso excesivos, acaba desdibujándose, perdiendo su relieve, su primigenio valor, y resbala por la inteligencia, como las gotas de lluvia sobre el cristal, sin excitarla ni arañarla.

Uno de estos lugares comunes o tópicos es el que define a la vida como lucha. La vida es lucha —solemos decir—, sin parar mientes en la gran carga de violencia que subyace en la frase. Y no es eso lo que pretendemos decir, aunque digamos sin querer la realidad de lo que acontece. La idea es que la vida implica un esfuerzo, un quehacer que nos exige una cierta energía, so pena de vernos arrastrados o a la deriva de las circunstancias.

En este sentido lucha equivale, por tanto, a trabajo, tal vez duro y agotador, pero aceptado con consciente entereza y ánimo; a una tarea constructiva, solos en ocasiones, compartiendo o aunando fuerzas, en otras.

Pero el subconsciente, como baúl de olvidadas experiencias, nos hace expresar no lo que deseamos, sino los hechos escuetos y descarnados. Porque ocurre, efectivamente, que el hombre, ese ser que se supone el más inteligente de la creación, ha hecho siempre de su vida un continuo luchar, competir, dis-

putar con sus semejantes, hasta el extremo de que alguien —Churchill creo— pudo afirmar, contundente, que la historia del mundo es la guerra.

Afirmación decepcionante, trummatizada e inquietante para toda conciencia responsable, pero de una certeza irrefragable. Parece como si la violencia fuese el ingrediente esencial de nuestra naturaleza. Freud vió en ella una interacción de los instintos primarios de amor y odio. Hoy tal vez se piense que son residuos, recuerdos inconscientes del alma primitiva, cuando el hombre tenía que enfrentarse a un entorno poco amable en competencia para subsistir, con las fieras y la no menor ferocidad de otros grupos. El hecho es que ninguna especie viva resulta tan agresiva, para sí misma, como la humana.

Tan imbuídos estamos de una concepción violenta de la vida, tan saturados de agresividad, que incluso para garantizar el convivir pacífico —observen y subrayen la paradoja—, nos armamos hasta los dientes y producimos, sin cesar, ingenios capaces de hacer estallar varias veces, si ello fuera posible, esta maltratada y disputada tierra.

Véase como el análisis de una frase hecha, de un lugar común, nos conduce a substratos insólitos, a descubrir subterráneas tendencias de nuestra «psique», que afloran en expresiones cuyo contenido, quizá por pereza, no nos detienen a meditar.

Miguel MOLINA